

Medir los tiempos

A CONTRAPELO

SANTIAGO GONZÁLEZ

Uno de los mitos que ha caído estruendosamente en esta campaña electoral es el de que a lo largo de los ocho años anteriores había atribuido al presidente saliente el don de medir muy bien los tiempos. «Midiendo sus tiempos y midiendo todo, él siguió tomando tranquilamente su sopa», contaba uno de sus más estrechos colaboradores en la muy autorizada biografía que le escribió **Suso de Toro** para dejar constancia de su temple.

Zapatero debió hacer uso de su prerrogativa constitucional con una mayor ortodoxia en la planificación de los tiempos.

Nunca ningún gobernante había convocado elecciones a cuatro meses vista. El periodo de tiempo entre la disolución y los comicios es un túnel de provisionalidad, y la provisionalidad, tanto peor cuanto más larga. Septiembre habría constituido un buen mes electoral para los intereses españoles. Ahora tendríamos un Gobierno reciente trabajando en unos presupuestos adecuados para el tiempo que vivimos y, ay, el que viviremos. No haré la perversa suposición de que esa falta de tiempo estuviera calculada en la tardía convocatoria. Menos aún que se trate de una broma macabra –y sin gracia– de llamar al voto en el 36º aniversario de la muerte del dictador.

Ha sido, además, un gol en propia meta. Las elecciones en septiembre habrían comportado ventajas para el PSOE. Las en-

cuestas no le eran tan desfavorables, la prima de riesgo no estaba tan despendolada, las cifras del paro habían conocido el alivio temporal del turismo en la hostelería y el candidato aún parecería nuevo, porque no había perdido el apresto.

La ilusión que había generado **Rubalcaba** se ha acabado. Él era un eficiente fontanero, un buen *número dos*, pero **Poullidor** no es **Anquetil**. Cuando éste se jubila, tampoco, porque viene **Gimondi** y luego, **Merckx**. El candidato socialista ha contravenido todas las reglas de quien, en su lugar, desearía ganar las elecciones, hasta el punto de hacer sospechar que, en realidad, él pensaba en el día siguiente, no en el Gobierno, sino en el partido. Tampoco eso está claro ahora. A medida que nos acercamos a la cita con los votos, los errores aumentan hasta un momento cumbre en el debate a dos: la búsqueda por propia iniciativa del rincón de la oposición. Frente a él, **Rajoy** no era un candidato dubita-

tivo, sino un presidente que leía.

Desde entonces, ha ido tan a peor que da la impresión de que tiene asumida la derrota y su mensaje se ha vuelto incoherente. El mismo candidato que dijo el domingo «el día que alguien se plante frente al futuro y diga ‘no tengo futuro’, está renunciando a los sueños de la izquierda» es el mismo que, tres días antes, le había dicho a **Gloria Lomana**: «Ahora, al final de mi carrera política...» y, dos días después, ayer mismo, se negaba a hacer cábalas sobre el futuro con **Carlos Herrera**: «Hasta el 20-N soy el líder del PSOE, y luego ya veremos».

El administrador de los tiempos tiene prisa por hacerse inspector de nubes y quizá por sacarse alguna espina, y le explica a **Rajoy** el funcionamiento de todo antes de tiempo. No es de extrañar que éste salte en los mítines. Sólo quedan cuatro días, una eternidad para el candidato **Rubalcaba**.